

II. RESEÑA DE LIBROS

ALMERÍA. PAISAJES AGRARIOS. ESPACIO Y SOCIEDAD

J. L. Martín Galindo; Valladolid, Universidad de Valladolid-Diputación Provincial de Almería, 1988, 499 págs.

Tras anteriores y valiosas aportaciones acerca de la dehesa extremeña por parte del autor, éste traslada su experta atención geográfica desde la zona oeste hacia el ángulo más suroriental de la península, abordando el estudio de los paisajes agrarios almerienses en lo que se nos antoja es la culminación impresa de una vida dedicada a la geografía.

Y aquí, en este rincón «*de sol y sequía*», se aborda la tarea de penetrar en las múltiples facetas de su geografía agraria, con clara mentalidad de no dejar cabo suelto, de tocar —o al menos rozar— todas y cada una de las facetas de la actividad primaria y sus protagonistas los almerienses. El pasado y el presente, con una red de interrelaciones mucho más rica de lo que cabía imaginar frente a los novísimos paisajes agrarios; los hechos históricos que inciden sobre estos tradicionales paisajes —expulsión de los moriscos, repoblación...— y el tránsito hacia la moderna transformación; los más diversos y, a veces, muy peculiares aprovechamientos, con especial incidencia en los sistemas de cultivo aplicados, etc..., serán objeto de atención; y todo ello con el matiz que proporcionan determinadas circunstancias colaterales a la actividad económica: demogra-

fía, costumbres, religión, tendencias ideológicas, financiación empresarial, etc...

Con este trasfondo de exhaustividad en la cantidad de temas y cuestiones abordados, nos proponemos simplemente —sin entrar en el terreno de la crítica— mostrar una necesariamente breve panorámica del contenido de este trabajo.

Lógicamente, en la primera parte del libro nos encontramos con el obligado acercamiento al medio físico, en el que circunstancia fundamental será la clara separación entre una Almería interior y montañosa —producto de una tectónica de corrimiento de época alpina y de los posteriores «*pliegues postmanto*»— y la Almería costera, vacía antaño, pero donde ha estallado el fenómeno agrario más espectacular y peculiar: el océano de plásticos. Y entre ambos, el fenómeno no menos atrayente de naranjales y parrales. Constante en todos los casos es que la absoluta mayoría de la cosecha agrícola se obtiene sobre suelo artificial, preparado por los agricultores a base de la aportación de basuras y arena.

Y el complemento indispensable para comprender esta actividad agraria almeriense es el clima, protópicamente árido y con altas dosis de irregularidad, en el que la alta evaporación provoca el lógico y bastante generalizado déficit hídrico. Es así que el autor puede hablar de la «*Andalucía de las estepas*», donde, a falta de un verdadero arbolado, la vegetación la componen atocha o esparto y albardín, sin obstáculo para encontrar también

variedades de romero, romerillo o cambrones, siempre muy adaptados a la sequedad. Pero Almería —advierte el autor para romper el manido tópico— no es un desierto, pues se constata la existencia de más de 2.500 espermatofitos.

La segunda parte está dedicada al hombre; teniendo como punto de partida la población existente en la Almería morisca haremos escala en el éxodo de 1492 y sus consecuencias; en la guerra de 1568; en la repoblación consecuente y en los cambios que todo ello ha de provocar sobre la agricultura, pues por este camino acabaremos por desembocar en el análisis de los paisajes agrarios moriscos.

Rasgos generales de este paisaje agrario morisco serán la actitud con la que se hace frente a las dificultades del relieve y, sobre todo, a la falta de precipitaciones que obliga a buscar fórmulas para retener la escasa y preciosa agua. El resultado serán la aparición de «*paratas*» y «*bancales*» que provocan el escalonamiento de las laderas en toda la zona interior. Ya en este paisaje morisco el regadío constituía lo esencial de la producción, en tanto que el secano, obligado a largas barbecheras, queda como mero carácter complementario. Y todo ello se produce en un entorno de intenso minifundismo y dispersión parcelaria, en tanto que la versión morisca de la aparcería —la «*xariquería*» aparece como un sistema muy extendido en lo referente a la forma de tenencia de la tierra.

Y «*Los viejos paisajes agrarios almerienses en el siglo XVIII*» será el tema abordado en la tercera parte. Esta etapa parece un trasunto de la anterior, aunque surgen novedades como el acercamiento a las llanuras costeras, menos peligrosas gracias a la mejor defensa costera. De todas maneras el regadío sigue siendo el eje de la producción almeriense, si bien las peculiaridades climáticas le convierten en un regadío en año y vez; y esta agricultura irrigada, en cierto modo extensiva, convive con un po-

bre secano que, por otra parte, precisa frecuentemente de las pocas aguas sobrantes para sobrevivir, conformando así una especie de «*seca-regadío*». Completan el panorama los aprovechamientos de viñedos y parrales —no demasiado extendidos todavía— ya en secano, ya en regadío; la arboricultura, integrada en el seno mismo del espacio ocupado por otros aprovechamientos y con propiedad distinta frecuentemente de suelo y vuelo e, incluso, con muestras de árboles aislados en propiedad ajena; huertos familiares de subsistencia y el interesante aprovechamiento de la «*barrilla*» para obtener sosa, junto con una cierta actividad ganadera —relacionada con los textiles de Laujar de Andarax— y sedera, constituyen otros aspectos de interés en esta centuria del setecientos.

Y la causante de la desaparición de esta agricultura ancestral será la crisis del siglo XIX (cuarta parte), con la consiguiente quiebra de la agricultura tradicional y la imprescindible renovación; será entonces cuando los barbechos y la arboricultura sean desplazados por parrales con uva de mesa exportable; al mismo tiempo desaparece la barrilla, la seda entra en profunda decadencia, nuevas plantas hacen acto de presencia en los regadíos (chirimoyo, patata, batata) y una interesante actividad minera sirve para ocupar a la población que la crisis de la agricultura tradicional expulsa de los campos.

Por este camino llegamos hasta nuestra centuria, para encontrarnos con unos paisajes agrarios actuales (quinta y sexta parte) extraordinariamente novedosos, si bien manteniendo el trasfondo de la agricultura morisca. Y es que, al menos en la zona interior, el secano sigue siendo una aventura en la que las largas barbecheras no aseguran una cosecha rentable; el regadío sobre las estrechas franjas de los valles sigue siendo lo fundamental, conservándose el típico modelado agrario de balates, patatas y bancales, y se mantiene

igualmente el minifundio y dispersión parcelaria.

Pero todos estos aspectos de la agricultura almeriense no tendrían excesivo interés si no conviviesen con otra realidad completamente nueva, la que convierte a Almería en prototipo de una agricultura moderna y modernizada. Nos referimos naturalmente al resultado de la colonización sobre la dura y caliza llanura costera, precisamente donde florecerán los enarenados, cultivos bajo plásticos, etc...

En síntesis, la actual agricultura almeriense presenta distintas facetas, de las que conviene reseñar:

a) Un residuo insignificante de agricultura tradicional de secano en el interior, donde el almendro parece lo fundamental, conviviendo con una actividad cerealista con amplias rotaciones y la cebada como protagonista.

Quizá aquí, como herencia del más remoto pasado, debiéramos incluir también ciertos aprovechamientos silvestres y espontáneos, como la alcaparra, el esparto y la chumbera.

b) El regadío tradicional del interior ha quedado orientado fundamentalmente hacia la uva de mesa —Ohanes y el valle de Andarax son los núcleos principales— y hacia los cítricos (valles de Almanzora y Andarax).

c) En la llanura costera se instala el emporio de los enarenados y los plásticos en sus más diversas versiones e interpretaciones, constituyendo hoy lo fundamental del producto agrario comercializable.

Y sobre todo este entramado de la agricultura almeriense, el autor finaliza su recorrido con el análisis de otras cuestiones, fundamentales unas veces, complementarias otras. Así, por ejemplo, encuentra hueco el tema de la comercialización (octava parte en el texto, séptima en el índice), con una visión tanto de la mecánica interna —exportaciones de uva a través de Málaga, Alhóndigas o Corridas, etc.— como del problema de la mala organi-

zación de los actuales mercados almerienses y sus consecuencias.

La producción forestal, el análisis de las tendencias políticas y creencias religiosas de los almerienses y el correspondiente bagaje estadístico, cierran una obra que, por su visión de conjunto, Almería estaba reclamando y en la que la corrección de pruebas de imprenta —creemos que inexistente— y una estructura interior de los capítulos a menudo desorganizada, conforman las sombras de esta obra, en tanto que dificultan ostensiblemente su lectura.

J. NARANJO RAMIREZ

EL CORTIJO ANDALUZ. SU ORIGEN, DESARROLLO Y TRANSFORMACIONES RECIENTES EN LA CAMPIÑA DE CORDOBA

Gema Florido Trujillo. Consejería de Obras Públicas y Transportes. Dirección General de Arquitectura y Vivienda. Sevilla, 1989; 201 págs.

El estudio del espacio rural andaluz constituye desde hace tiempo una de las líneas de investigación prioritarias del área de Geografía de la Universidad de Córdoba. Fruto de ello han sido numerosos trabajos que, desde distintos enfoques metodológicos y escalas espaciales, han abordado en profundidad la problemática agraria. El que ahora comentamos tiene por objeto el cortijo andaluz, en concreto el enclavado en la campiña de Córdoba, exponente de un sistema de propiedad y explotación, y por lo mismo también de un tipo de hábitat, característicos. Su autora es Gema Florido.